

XXXIII

Mientras duró esta conversación el señor Milaguine por su parte se había acostumbrado á la idea de la resurrección de Miguel. Ya estaba pensando en hacerlo suyo durante el invierno. El trato de ese joven le había sido siempre muy agradable y estaba encantado de haber vuelto á encontrarlo, renunciando con placer inmenso á la costumbre de creerlo muerto.

La gravedad con que entró Miguel en su habitación dando el brazo á su tía, revolvieron una vez más sus ideas. Y al ofrecerles asiento, lo hizo en la convicción de que iba á experimentar un disgusto.

Así es que dió á su fisonomía una expresión adecuada á las circunstancias.

—Señor Milaguine, dijo Miguel así que estuvieron los tres sentados; hará dos años y medio que tuve la intención de pedir á usted la mano de su hija la señorita Marta. Otro más feliz se me adelantó.

Hoy las circunstancias me permiten hacer lo que entonces no pude: tengo el honor de pedir la mano de vuestra hija Marta Pavlovna.

El señor Milaguine se quedó sobrecogido.

—¡Pero Miguel, si mi hija es viuda! contestó después de un momento de reflexión.

—Precisamente por eso tengo el honor de pedir su mano, respondió Miguel sin poder reprimir una sonrisa.

La señora Averief contenía la risa con el pañuelo.

—Es verdad.—Pero es bien singular—Marta lleva todavía el luto de su primer marido.

Como se observará, el señor Milaguine consideraba ya el asunto bajo un nuevo punto de vista.

—Señora Averief, dígame usted; ¿es costumbre pedir á las viudas en matrimonio antes de que se quiten el luto? dijo volviéndose hacia la abuela.

—No es la costumbre, pero puede uno hacer la vista gorda á cualquier infracción de los usos corrientes, en favor del deseo bien manifiesto de Miguel de aliarse á vuestra familia. Tenga usted en cuenta que antes de ahora intentó ese honor.

—¿Y qué causa os lo impidió? preguntó el señor Milaguine acomodándose en la butaca.

—No pude contar en aquellos momentos con el consentimiento de mi padre y yo sabía la importancia que ha dado usted siempre al respetuoso modo de conducirse.

—¡Muy bien! muy bien! dijo el señor Milaguine. ¿Y ahora?

—He tenido el sentimiento de perder á mi padre y no dependo de nadie.

—Pero una recién viuda no puede casarse! gritó el señor Milaguine vuelto de repente á la realidad. ¡Eso no se ha visto nunca! Y además, ella no está aquí, ¿cómo quiere usted casarse?

—Os pido su mano precisamente con objeto de tener el derecho, que me daría su consentimiento de ir á buscarla y traerla al lado de usted. Por lo que respecta á la fecha del casamiento, el duelo no es eterno, y cuando las conveniencias lo permitan, solamente entonces...

—Ha tenido mi hija una idea muy singular al irse á encerrar allá abajo, en provincias, cuando se está tan bien aquí.

—Si usted consiente, querido señor Milaguine, os la traeré antes de quince días.

—¡Si no deseo otra cosa! dijo el buen hombre, ¡usted es el yerno que me hace falta! Pero, ¿y si Marta no quiere?

—Permitame usted que vaya en su busca para asegurarme de su consentimiento, insistió Miguel.

—¡Es inaudito! ¡No quiero saber otra cosa! ¡Esto positivamente no se ha visto nunca! repetía el señor Milaguine. Prascovia, sáqueme usted de este atolladero; bien ve usted que no sé dónde estoy.

Al cabo de diez minutos, el consentimiento estaba otorgado; Miguel y su futuro suegro se abrazaron cordialmente, y se reunió a toda la familia para comunicarle la fausta noticia.

—¿Cuándo te vas? preguntó Pablo

—Necesitaré tres días para arreglar mis asuntos del servicio, respondió Miguel contando con los dedos. Hoy somos miércoles... jueves... viernes... sábado .. saldré el domingo.

— Tan pronto! dijeron todos.

—Yo quiera salir mañana, ya ven ustedes.

Y dirigiéndose a la señora Averief, le preguntó:

—¿En dónde está Marta?

—En su última carta me anunciaba la intención de salir para una propiedad que posee en el gobierno de Kazan, y desde allí se dirigiría a una especie de alquería, rodeada de bosques, que está a orillas del Volga, cerca de Oussolié, según creo.

—¡Ya la encontrará! dijo Miguel radiante de alegría.

El domingo siguiente, salía de San Petersburgo henchido de esperanzas.

XXXIV

Ocho días después descendía Miguel por el Volga a bordo de uno de esos grandes vapores que prestan servicio regular entre Nijni-Novgorod y Astrakan. No habiendo encontrado a Marta en su propiedad del gobierno de Kazan, iba a buscarla en las orillas del río, en aquella alquería de la que la señora Averief le había hablado.

—¿En qué rincón perdido de esta tierra virgen se encontrará Marta? pensaba Averief. ¿En qué ignorado asilo será menester buscarla? ¿Cuáles serán sus pensamientos?

El vapor pernoctó en Oussolié con objeto de evitar algún choque nocturno y al día siguiente al medio día hizo escala en el puerto fluvial a donde Miguel se dirigía. En seguida que el vapor se amarró en un pontón situado en la desembocadura de un barranco, cogió Miguel su maleta, atravesó una especie de puente flotante y se encontró en el desembarcadero.

—¿Es esto Bogodar? preguntó a un aldeano, única persona que vió en aquel sitio

—No señor; esto es la estación fluvial de Bogodar.

—¿Y dónde está Bogodar?

—A treinta y cuatro verstas hacia el interior,

—¿Pero aquí habrá algún poblado, sin duda?

—No, señor, no hay ninguno.

—Entonces, ¿dónde vives tú?

—Aquí debajo.

Y diciendo esto el aldeano señaló una escalera que descendía al interior del pontón.

—¿Y vives solo?

—No, señor, vivo con otro individuo que ahora no está porque ha ido á buscar leña. ¿Qué es lo que usted desea? le dijo el labriego, cayendo en la cuenta de que aquel oficial no había desembarcado solamente para tener el gusto de hablar con él.

—¿Conoces tú por aquí una alquería llamada Marievo, que se debe encontrar situada entre esta estación y la villa de Bogodar?

—Bogodar no es una villa, señor, es una ciudad con su iglesia y...

—¡Ah! ¡tiene iglesia! Me quedo encantado, contestó Miguel; pero, aparte de eso, ¿conoces, como te he dicho, la alquería llamada Marievo que pertenece al príncipe Oghérof?

—Ya lo creo, señor, y hasta sé que vive en ella la princesa que, según se dice, ha quedado viuda y que llegó hará unos quince días.

—Muy bien; ¿está muy lejos de aquí?

—No, señor, á catorce verstas por la carretera. Pero ¿por qué ha venido usted por aquí? Para ir á Bogodar se desembarca en Oussolié y desde allí se toman caballerías.

—Entonces, dijo Miguel enfadado, ¿por qué tienen ustedes aquí una estación que no sirve para nada?

—En primavera y otoño se destina al embarque y desembarque de mercancías, pero los viajeros no vienen nunca por aquí. Han informado á usted mal, sin duda, señor.

—Muy bien, dijo Miguel, pero puesto que ya estoy aquí, haz el favor de decirme cómo he de ir á Marinevo. ¿Tienes algún caballo?

—¿Un caballo? repitió el labriego, ¿para qué?

En efecto. ¿qué iba á hacer aquel buen hombre de un caballo, cuando vivía de lo que pescaba?

—¿Luego se ha de ir á pie?

—Si señor; pero no está lejos; si usted lo desea mi hijo le enseñará el camino.

—¿Tienes hijos ahí dentro? dijo Miguel extrañado.

—Sí, señor, y mujer.

—Vamos, muy bien; pues aceptado; dile á tu hijo que venga á hacer de guía.

Después de dos horas de camino por una especie de barranco, llegó Miguel á una planicie. En ella había un pequeño lago al cual aflúan las aguas del barranco, y á la izquierda un sendero muy trillado. El llano estaba rodeado de colinas cubiertas de arboleda y á lado y lado del camino se extendía un frondoso encinar.

—A la izquierda, dijo el guía, abriendo la boca por primera vez.

—¡Ah! ¿pero sabes hablar? contestó Miguel admirado de ver á un chico capaz de andar dos horas seguidas sin despegar los labios. Toma, he aquí un rublo.

La cara del chico, que relucía de orgullo, experimentó una transformación dolorosa. Tomó el billete con desdén y lo dobló como si tuviera un sentimiento en deshacerse de él.

Miguel comprendió la idea del muchacho y añadió:

—Eso es para tu padre, y esto para tí.

Y puso entre las manos del rapaz unas monedas de cobre. El muchacho, loco de alegría, miró las monedas, las apretó fuertemente en la mano derecha y echó á correr por donde había venido.

Miguel, sorprendido al verse solo, colocó en el suelo la maleta, se sentó y miró á su alrededor.

Marta había escogido un verdadero desierto en donde pasar sus días y allí podía estar segura de no encontrar á nadie que le recordase aquella vida de sociedad de la que pretendía huir. ¿Qué clase de sufrimiento era el de aquella mujer, cuando tan oculto quería tenerlo?

Miguel se levantó, cogió la maleta y tomó el camino de la izquierda por el que anduvo cerca de dos horas.

El sol abrasaba; millares de langostas saltaban por la hierba; manadas de cabras monteses huían al galope hacia las colinas del Volga y algún ciervo atravesaba veloz el camino en dirección á la laguna; pero Miguel no se fijaba en nada, ni notaba el cansancio, pues cada paso lo acercaba más á su querida Marta, que tal vez estuviera enferma, tal vez en peligro.

Desde que se le ocurrió esta idea, se obsesionó con ella. Apretó el paso y consiguió llegar por fin á un terreno cercado por un seto de álamos. Franqueó la puerta mal cerrada por un pestillo y avanzó por una avenida de álamos, á pesar de los ladridos de dos enormes perros que pugnaban por desairarse de las cadenas á que estaban sujetos.

Al ruido producido por los mastines, acudió un criado y nadie puede imaginarse la extrañeza que experimentó al ver á un oficial de la Guardia con una maleta en la mano.

—¿La princesa Oghérof? preguntó Miguel llevándose la mano á la visera de la gorra.

—En casa, señor, respondió el intendente por la fuerza de la costumbre, y después añadió:

—¿Me permite usted que os pregunte, cómo habéis venido hasta aquí?

—A pie, respondió Miguel.

El intendente lo miró con aire de duda.

—¿A quién he de anunciar?

—Al capitán Averief que regresa del Cáucaso. El intendente entró en la casa y volvió en seguida.

—La señora princesa no está dentro, dijo; sin duda se estará paseando por el jardín, ó en el prado inmediato. ¿Quiere usted que se la avise?

—No, contestó Miguel, iré á buscarla yo mis-

mo; pero antes quisiera lavarme y cepillarme un poco.

El intendente lo introdujo en la casa. Pero, ¿qué casa! Constaba únicamente de dos piezas; una alcoba y el comedor con un pequeño recibidor. En una especie de cabaña próxima estaban la cocina y las dos habitaciones de los criados. El aparcero de la alquería y su mujer, que era la cocinera, vivían en otra cabaña á algunos pasos de allí.

El comedor estaba amueblado con cuatro sillas de paja y una mesa de pino. Una imagen dorada colocada en un rincón, era el único adorno de esta pieza. La alcoba, que Miguel pudo ver por estar la puerta entreabierta, era también de una sencillez rayana en la miseria.

—¿A qué habrá venido aquí? se preguntaba Miguel cada vez más perplejo.

La frescura del agua le quitó el cansancio. Hizo algunas preguntas para orientarse y se dirigió al jardín. En un momento lo recorrió, pero Marta no estaba, y en su vista, empujó una puerta recientemente abierta en la empalizada y se encontró en pleno campo.

XXXV

En el extremo de una angostura por la cual descendía, formando cascada, el agua de un riachuelo para perderse entre un bosque de abetos, había una especie de planicie cubierta por las grandes ramas de un álamo secular. Allí estaba Marta.

Sentada en el suelo y apoyada en el tronco del gran árbol parecía soñar. Su semblante era tranquilo, pero las largas vigiliias dolorosas habian dejado su indeleble huella. La calma de Marta era la de la tristeza que se resigna.

Miguel, al oirla, tuvo miedo y su corazón que palpitaba violento de alegría é impaciencia cuando la buscaba, se quedó helado. No sabia cómo presentarse, no quería que la alegría de lo inesperado, pudiese determinar en aquella mujer un súbito trastorno.

Pensativo, inquieto y temblando de alegría y de pavor quedóse inmóvil, hasta que Marta volvió la cabeza hacia el sitio en donde Miguel se encontraba.

Lo miró sin fijarse al principio, creyendo que venían á buscarla para cualquier asunto de su casa, é hizo con la cabeza un signo; pero cuando alzó los ojos y los fijó en el semblante de Miguel, hizo un brusco movimiento hacia adelante, apoyó una mano en el suelo y con la otra se contuvo las palpitaciones de su corazón. Aterrorizada y con los ojos extremadamente abiertos, miraba á Miguel creyéndose víctima de una alucinación ó de un extravío mental.

Miguel se dirigió hacia ella y cayó de rodillas entre los pliegues de su vestido negro. Sin pronunciar una palabra Marta le cogió la cabeza entre sus dos manos y le miraba á los ojos, incrédula al principio, desconcertada luego.

—¡Vivo! gritó y quedó desvanecida. Pero este accidente no duró más que un minuto; antes que Miguel pudiera socorrerla, había vuelto en sí y volvía á mirarlo, sin terror, pero con alegría y pena al mismo tiempo.

—¡Vivo! repitió. ¿Luego no era verdad?

—¡Así vivo! contestó Miguel. Marta, os adoro.

—Soy viuda, replicó Marta, vuelta en un momento á la dura realidad de la vida.

—¡Eres mi mujer! dijo Miguel. ¿Quién podrá ahora separarnos? He venido á buscarte, á llevarte conmigo y á no separarme de ti hasta la muerte.

—¡Vivo! repetía Marta. ¡Ah, cuánto os he llorado! y ante lo intenso de su emoción prorrumpió en copioso llanto.

—Todo eso ha sido un sueño, dijo Miguel separando de su rostro las manos con las cuales pretendió ocultar sus lágrimas. No ha sucedido nada; henos aquí reunidos para siempre.

Marta, embriagada, le miraba extasiada; con los carrillos bañados por el llanto y los párpados enrojecidos, dejaba perder su vista con los ojos del ausente aparecido, del muerto resucitado.

—¡Te adoro! repetía Miguel, atrayéndola hacia sí. Vamos á ser eternamente felices.

—No, es imposible, contestó Marta.

—¿Imposible?

—Nuestro amor ha sido el que mató á mi marido, dijo Marta, retorciéndose los dedos por un movimiento nervioso. Entre nosotros hay un muerto. Es imposible.

Miguel sintió toda su sangre hervir.

—¡Imposible! Y para eso he regresado herido del Cáucaso? Para eso he andado dos mil leguas hasta que te encontrado? Desde el día en que supe que eras libre, no he respirado ni una vez siquiera sin pensar en ti; cada vez que ha salido el sol he dicho: un día menos, y ahora, me encuentro, con un imposible, cuando podemos querernos á la faz del mundo! Tú me amas, yo te adoro y sin embargo es imposible! Pruébalo á decir otra vez y verás como tus labios se niegan á ello.

—Mire usted Miguel, dijo Marta sacudiendo la cabeza, mi marido murió en el momento en que yo concluía de decirle que os había querido, que

os quería... Creí al principio, que se había matado, al enterarse de ello; después supe que su muerte fué el triste resultado de un accidente... pero un accidente que no ocurre cuando se tiene apego á la vida. Bien ve usted que entre nosotros hay un muerto.

—El príncipe era un perfecto caballero, respondió Miguel. Paz á sus cenizas, pues no soy yo quien deba rebajarlo á tus ojos. ¿Pero has creído que no hubiera amado á nadie en el mundo más que á ti?

Marta no contestó.

—Y después de casado... continuó Miguel...

Marta dirigióle una mirada de reproche. Vaciló un momento y continuó:

—Si el muerto hubieras sido tú, muerta de pena al ver que no eras amada por tu marido como te merecías, ¿crees que el príncipe hubiera hecho juramento de conservar una viudez perpetua?

Marta inclinó la cabeza.

—¡Vida mía! siguió diciendo Miguel con acento de esposo y de dueño; guardas en el fondo de tu alma algo secreto que no quieres revelar, pero que tengo derecho á saber.

Marta vaciló un momento.

—Sea, dijo al fin; lo va usted á saber. Desde que me enteré de su muerte, hice el voto de consagrarme á Dios, cuando mi padre falleciera, en expiación de mi falta;—sí, de mi falta. Yo no debía amar á otro hombre que á mi marido.

—Lo que tienes que decir es que no te debías haber casado con otro hombre que no fuera el que amabas; esa es tu falta, y con ella no tienen nada que ver ni tu marido ni Dios. Yo soy el único perjudicado, pues me destrozaste el alma y aun tienes valor para rehusar la separación!

El sol había desaparecido del horizonte visible.

Marta permanecía inmóvil, envuelta en los pliegues de su vestido que señalaban líneas esculturales.

Miguel se aproximó á ella y la abrazó por la cintura.

—Escucha, le dijo, Dios no quiere tu corazón ya que El me ha conducido vivo á tus pies para bendecirte y amarte hasta el fin de tus días. Tu falta ha consistido en haber dudado de mí. Esta falta la has expiado y yo, el ofendido, te perdono. Mira—y Miguel le enseñó la primera estrella que apareció en el cielo—cuando estaba en el Cáucaso, prisionero y expuesto cada día á ser fusilado, esperaba que apareciera, y cuando lo hacía, veía en ella tus ojos que me sonreían. Entonces no me consideraba ni prisionero, ni condenado á vivir solo, ni desgraciado; pensaba en ti y me decía á mi mismo: Marta prometió quererme hasta más allá de la muerte. Pues bien, ahora que, salvado por milagro, vengo á reclamar el precio de mis penas, ¿será Marta infiel á su promesa?

Y al decir esto la atrajo dulcemente hacia sí, poniendo sus labios en los cabellos de la princesa que estaba inmóvil y como fascinada.

—Antes de que prometieras á Dios cosa alguna, le repitió Miguel, me prometiste á mí amarme siempre; y yo te adoro...

Marta no pudo resistir más.

—Te adoro! contestó como si despertara de un sueño, y extendió los brazos para recibir á Miguel en su seno.

—¿Será posible que concluyamos por ser felices? dijo Marta adormecida.

Miguel le contestó con un beso en los labios.

FIN



